

Da la impresión de que la prosa de la Farmacia, en sus palabras científicas, en su callado quehacer diario, se encuentra muy alejada de la brillantez de la Poesía, de la pedrería rutilante de sus versos, de sus ritmos musicales, del aderezo preciosista y elegante de sus rimas. Sí, visto bajo esta inicial perspectiva, ¿cómo apreciar la relación de un laboratorio de Química Orgánica o de Microbiología y el blanco papel en el que el poeta vierte su inspiración y su numen? ¿Qué poesía puede caber en el ADN, en la “*Aspirina*” o en los principios inmediatos?

Pero no nos dejemos llevar por este primer contraste de sombras y luces, de trajes grises y oropeles, y analicemos con mayor profundidad la relación planteada desde el título.

Apolo, hijo de Zeus, es el dios del Día, de las Artes, de las Letras y de la Ciencia Médica. Era el más hermoso y amable de todos los dioses, tanto, que se veía en él una personificación del Sol, llegándole a llamar Homero, en la *Iliada*, Febo Apolo.

Se representa con una lira en su mano, simbolizando la armonía de los cielos. Unas veces le acompaña su hermana Artemis, otras las Horas o Estaciones, otras las tres Gracias y, en ocasiones, las nueve Musas.

En la familia de los dioses, las Musas destacan en el cortejo de Apolo. Eran también hijas de Zeus. Habitaban en el Parnaso y Apolo las presidía. Ellas eran las protectoras de las ciencias y las artes liberales. De las nueve, Erato era la que inspiraba la Poesía amorosa, la Poesía lírica en general.

Un hijo de Apolo fue Asclepio, el Esculapio de los romanos, considerado como el dios de la Medicina después de haber sido adiestrado en los secretos médicos por el centauro Quirón. Su atributo, signo para la ciencia y la medicina en la cultura occidental, es la serpiente, símbolo creador de vida y portador de muerte, abrazada a un bastón¹.

La hija de Asclepio, Hygea, la *Dea Salus* de los romanos, la personificación de la salud, presenta como emblema a la serpiente arrollada a una copa, símbolo actual de la Farmacia.

Así, pues, tenemos a Asclepio, dios de la Medicina, entre los descendientes de Apolo, y a Erato, musa de la Poesía lírica, en el cortejo que le acompaña.

Y, entroncando con esta referencia al dios Apolo, destaquemos que siempre han sido las Ciencias Farmacéuticas motivo de protagonismo en las Bellas Artes. Pero, sobre todas ellas, es en la poesía en la que vamos a bucear buscando las citas que iluminen y borren nuestras iniciales dudas.

La Farmacia, en efecto, aparece en esculturas, pinturas, música, etc., etc. Si la Poesía es una de las Bellas Artes, ¿por qué no puede ser la Farmacia fuente de inspiración poética, de expresión poética? ¿Por qué se puede expresar en piedra la figura de un boticario recolectando plantas medicinales o reflejar el interior de una farmacia jugando con luces y sombras en un lienzo y no puede hacerse con la palabra, con el hálito máximo de la expresión humana?

Desde los temblorosos balbuceos iniciales de nuestra lírica viene ocurriendo así. Veamos, pues, este breve e histórico camino lírico-boticario.

Gonzalo de Berceo (siglo XIII) dice de la Virgen María en su *Introducción a Milagros de Nuestra Señora*:

*Es clamada, y eslo, de los cielos reina,
tiempo de jesu Christo, estrella matutina,
señora natural, piadosa vezina,
de cuerpos e de almas salud e medicina.*²

En su *Libro de Buen Amor* (siglo XIV) el Arcipreste de Hita nos presenta una serie de confecciones boticarias preparadas por alguna de las monjas a las que Trotaconventos le recomendaba que amase:

*Mucho de letuarios les dan muchas veces:
diaçitrón, codonate, letuario de nuezes;
otros de más cuantía, de çanaborias rrahezes,
envían unas a otras cada día a rrevezes.*

*Cominaba alixandria, con el buen diagargante;
el diaçitrón abatis, con el fino gengibrante;
miel rrosado, diaçiminio, diantoso va delante;
e la rrosata novela, que deviera decir ante.
Adragea e alfenique, con el estomatricón,*

*e la garriofileta, con diamargaritón;
triasándalix muy fino, con diasaturión,
que es para doñear preñado y noble don.*

*Mospesler, Alexandria, la nombrada Valencia,
no tienen de letuarios tantos ni tanta especia;
los más nobles presenta la dueña que más preña;
en noblezas de amor ponen toda su femencia.³*

Precisamente, de la mano del Arcipreste nos viene una palabra farmacéutica en desuso: mengía; es decir, medicamento, remedio (DRAE). La encontramos en “Cómo el Amor vino al Arcipreste e de la pelea que con él ovo el dicho Arcipreste”. Éste le dice a aquél:

*Eres tan enconado que, do fieres de golpe,
non lo sana mengía, emplasto nin jarope;
non sé fuerte nin rreçio que se con tigo tope,
que nol debatas luego, por mucho quw se enforçe.⁴*

Y Rodrigo de Cota (siglo XV), en su *Diálogo entre el Amor y un viejo*, hace decir al primero una serie de razones y habilidades entre las que se encuentran éstas, inequívocamente boticarias y dermofarmacéuticas:

*Yo hallo las argentadas,
yo, las mudas y cerillas,
luzentoras, unturillas,
y las aguas estiladas;
yo, la líquida estoraque
y el licor de las rasuras;
yo también cómo se saque
la pequilla que no taque
las lindas acataduras.⁵*

En el siglo XVI comienza a enriquecerse el arsenal terapéutico con todos los productos que llegaban del Nuevo Mundo y que no quedan al margen de nuestra lírica. Sirva de ejemplo cómo canta Cristóbal de Castillejo la virtud del guayaco contra las bubas: *Guayaco, si tú me sanas,*

*y sacas de estas pendencias,
contaré tus excelencias*

*y virtudes soberanas
dulcemente
no por estilo elocuente
ni en lengua griega o romana,
sino por la castellana
que es bastante y suficiente;
de celebrar con razón
la virtud
de un árbol que da salud
do se tiene por perdida,
y a las veces vuelve en vida
el mal de la juventud.⁶*

Del romance “*Hortelano era Belardo*”, de Lope de Vega, citamos los siguientes versos, tan ricamente boticarios que constituyen una verdadera lección de Farmacología vegetal al indicar plantas y sus aplicaciones:

*Hortelano era Belardo
de las huertas de Valencia,
que los trabajos obligan
a lo que el hombre no piensa.
Pasado el hebrero loco,
flores para mayo siembra,
que quiere que su esperanza
dé fruto a la primavera.
El trébol para las niñas
pone al lado de la huerta,
porque la fruta de amor
de las tres hojas aprenda.
Albahacas amarillas,
a partes verdes y secas,
transplanta para casadas
que pasan ya de los treinta;
y para las viudas pone
muchos lirios y verbena,*

*porque lo verde del alma
encubre la saya negra.
Toronjil para muchachas
de aquellas que ya comienzan
a deletrear mentiras,
que hay poca verdad en ellas.
El apio a las opiladas,
y a las preñadas, almendras;
para melindrosas cardos
y ortigas para las viejas.
Lechugas para briosas
que cuando llueve se queman,
mastuerzo para las frías,
y ajenjos para las feas.⁷*

Los autores de nuestro Siglo de Oro sentían un particular desprecio por médicos y boticarios. Lope de Vega, en un soneto célebre, manda a un ratón comerse, entre otros papeles inútiles, las *farmacopólicas recetas* y Quevedo ironiza en grado sumo sobre el tema. Sirvan de ejemplo estos versos de su romance “*La boda de la hija del boticario*”, tan rico en burla como en descripción de una botica de la época:

*Escucha, Tirsi adorada,
si tienes paciencia un poco,
la receta que te es útil
para desterrar tu antojo.
Apolo me dé su ayuda,
mas cuando no quiera Apolo,
no han de faltar en tu casa
ni ayudas, caldos y polvos.
Acuérdate que naciste
entre flores de antimonio
y que a poder de infusiones
se ha conservado tu toldo.
Que pudiéndote llamar
tus padres por nombre propio*

*doña Espátula, quisieron
que tuvieses nombre godo.
Destilando turbias aguas
(que claras jamás lo otorgo),
para alquitara naciste
de unguento blanco y de mocos.
Que las cantáridas tuyas
hagan llaga no me opongo,
como graduar no quieras
de cantáridas tus ojos.
No temas tú las heridas
del niño Amor poderoso,
porque en tus unguentos piensas
que el remedio tienes pronto.⁸*

La triaca ha sido la preparación farmacéutica más universal y su empleo se ha prolongado a lo largo de los siglos, siendo el antídoto por excelencia. Don Pedro Calderón de la Barca, en su auto sacramental *El veneno y la triaca*, contrapone a la acción de aquel (el pecado) la acción de la Gracia representada por la triaca. Un personaje del auto, “el Entendimiento”, se expresa así:

*Pues diligencias se hagan
para su cura [...]
Vengan de remotas partes
doctos médicos, y hagan
experiencias, que en alguna
tengo puesta mi esperanza,
que la triaca ha de hallar
del veneno que la agravia;
porque del mal y del bien
haya sabido la Infanta
cuando haya experimentado
del veneno y la triaca.⁹*

Ya en el siglo XIX algunos poetas comienzan a introducir conocimientos científicos en sus versos. Valga como ejemplo el poema “*Madrigal (¿)*”

futuro” de Joaquín María Batrina, de inequívoca intención jocosa e irónica:

Juan, cabeza sin fósforo, con Juana
paseaba una mañana
(24 Reamur, Viento N.E.
cielo con cirrus) por un campo agreste.
Iban los dos mamíferos hablando,
cuando Juan se inclinó, con el deseo
de ofrecer a su amada, suspirando,
un *Dyanthus Cariophyllus* de Linneo.
La hembra aceptó, y a su emoción nerviosa
en su cardias la diástole y la sístole
se hizo más presurosa,
los vasos capilares de las facies
también se dilataron
y al punto las membranas de su cutis
sonrosado color transparentaron.¹⁰

Este mismo autor se permite hasta incursiones bioquímicas en su “*De omni re scibili*” (*De todas las cosas conocibles*):

Sólo la ciencia a mi ansiedad responde,
y por la ciencia sé
que existe ese Dios que siempre esconde
el último porqué.

Sé que el rubor que enciende las facciones
es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del saco lacrimal;

que la virtud que al bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción;

*que el genio no es de Dios sagrado emblema,
no señores, no tal;
el genio es un producto del sistema
nervioso cerebral,*

*y sus secreciones de sin par belleza
sólo están en razón
del fósforo que encierra la cabeza
¡no de la inspiración!*

*Gozar es tener siempre electrizada
la médula espinal,
y en sí el placer es nada o casi nada,
un óxido, una sal.¹¹*

Por su parte, Juan Ramón Jiménez lamenta equivocarse al sedar y narcotizar a su corazón con opios y bromuros en su bellísimo poema “Lamento de primavera”:

*Corazón mío,
pálida flor,
jardín sin nadie,
campo sin sol,
¡cuánto has latido
sin ton ni son,
tú que estás hecho
para el amor!
¡Oh, sordo!,
¡oh, ciego!,
¡oh, mudo!, yo
te daba opio,
te daba bro-
muro, té, método,
libro y reloj...,
¡y estabas hecho
para el amor!*

*Desdeña el opio,
desdeña el bro-
muro, té, método,
libro y reloj...
florece, ríe,
sé de pasión,
¡que tú estás hecho
para el amor!¹²*

La llamada Generación del 27 es una de las cumbres líricas de nuestra Literatura, hasta el punto de que ha llegado a denominarse como “*Edad de Plata*” de nuestra Poesía. No quedaron indiferentes sus poetas a las palabras y términos de las Ciencias farmacéuticas con las que construyeron maravillosas imágenes. Sirvan estas citas como ejemplo.

La balanza y el microscopio son dos instrumentos fundamentales en la práctica farmacéutica. La primera la ve así Fernando Villalón:

*Pesarte las palabras en balanzas de seda.
¿Qué pesa lo verde? ¿Qué pesa el amor? ¿Y la ira?
¿Qué pesa la ira en tu balanza de seda?
Dímelo.¹³*

Y del microscopio y el terror de sus descubrimientos nos habla Pedro Salinas:

*Y en el mundo sólo él,
este hombre que tiembla,
siente por la vez primera
junto al terror más antiguo,
el pánico de las selvas,
y al espanto del milenio,
y al horror frío que asciende
del microscopio y su hallazgo,
más terror, otro terror,
esta pavidéz, tan nueva
que le tiene aquí, clavado
en el borde
de ella, la terrible acera.¹⁴*

Moreno Villa, por su parte, incluye en su poema algunas manifestaciones metabólicas:

*Jacinta, el horno humano
delira si sube a los 42 grados.
Fíjate, Jacinta, que la buena marcha
exige 37 grados en la lengua que habla,
en el riñón que filtra,
en la uña que araña,
en el cerebro que maquina
y en el titulado corazón que ama.*

¡Jacinta!:

Quien sube a los cuarenta, delira.

¡Jacinta, por Dios, un paño embebido en agua fría!¹⁵

Rafael Alberti nos ofrece esta deliciosa adivinanza botánica:

*Por brazos tengo dos ramas,
por cabellos tengo el sol,
por ombligo una corola,
por cáliz un corazón,
por piernas dos tallos verdes.
¿Quién soy?*

-La muchacha flor.¹⁶

Jorge Guillén citará términos bioquímicos:

*Nos dicen sumos sabios: "vida es química,
Proteínas, albúminas, etcétera,
Que deciden la acción más trascendente".
La vida grita: ¡química, mi química!¹⁷*

¿Fisiología? En Lorca:

*Es preciso que ritmos de sístole y diástole
empañen el rubor inhumano del cielo.¹⁸*

¿Farmacología? En Gerardo Diego:

*Porque tú amas los tilos y la calma
de su flor en tus nervios,
quiero aprender de ti a domar mi alma,
mis ímpetus soberbios.*

*Como a la flor del tilo en primavera
contra el insomnio torvo,
beberte en infusión, niña, quisiera,
beberte sorbo a sorbo.¹⁹*

Años después, la humanidad entrañable de Gloria Fuertes se quiere hacer como la “Aspirina”, otro de los fármacos más universales:

*Quiero ser quitadolores,
ser una aspirina inmensa
-que quien me cate se cure-
rodando por los problemas.²⁰*

Asimismo, el autor de este trabajo recoge en su libro *Con la mano del mortero* este Soneto a la Aspirina:

*¿Escribir un soneto a la Aspirina?
¿Dedicar dos cuartetos, dos tercetos,
los cuatro tan medidos, tan concretos,
al preparado rey de Medicina?*

*Os diré que este fármaco fulmina
el dolor que a los hombres tiene prietos.
Cantaré que libera a los sujetos
de las fiebres que atacan con inquina.*

*Febrífugo, analgésico; redondo
agente preventivo del infarto,
hasta la artrosis llega su victoria.*

*Sin término parece ser su fondo
siempre abierto a la vida, como un parto:
aquí nace, Aspirina, tu gran gloria.²¹*

Pero los poetas siempre han vivido próximos a la realidad y no han desdeñado los avances científicos. El ADN inspira a Luis Alberto de Cuenca este poema:

*DNA ADN, poco importa
si en castellano o en inglés: el caso
es que me muero por tus proteínas,
por tus aminoácidos, por todo
lo que fuiste una vez, cuando tus padres
vinieron de cenar algo achispados
y, después de tirar de la cadena,
hicieron una nueva con tu nombre,
con tus curvas y con tus fantasías.
Dame una foto de tu DNA,
tamaño DNI, que me retuerzo
de ganas de mirarla a todas horas.²²*

Los dos poetas farmacéuticos más representativos, León Felipe y Federico Muelas, son referencia obligada en nuestro trabajo.

El primero utiliza las palabras de su profesión para definir a los poetas, digamos, fríos y puros:

*Y éste es el poeta luciferino,
el que inventó el poema
esterilizado y antiséptico
y guardó en autoclaves la canción,
puritano, orgulloso y fariseo.
¡Oh, puristas y estetas!
Aún no está limpio vuestro verso
y su última escoria ha de dejarla
en los crisoles del infierno.²³*

El mismo León Felipe que pone toda su fuerza en clamar por un boticario, quizás el que él siempre llevó dentro y que afloró tan poco:

*Y todo se repite... y se repite el excremento.
¡Se repite... se repite!
Pero que no se alarme nadie.
Todo esto es sólo imaginación.
Imaginación de un viejo poeta loco
a quien no hay que hacerle mucho caso...*

*-¡Eh...! ¡Boticario, buen boticario,
véndame una onza de almizcle
para perfumar mi imaginación!²⁴*

Federico Muelas, el poeta de Cuenca, enriquece su lírica con entrañables villancicos; así, el de “los dos boticarios”:

*-Y tú, ¿qué le llevarás?
-Pastillitas de la tos...
-¡Poca cosa para un Dios!
-Y jarabe de Tolú
dulce, dulce...
-¡Qué poco para Jesús!
-Pues tú, ¿qué le llevarías?
-Sólo un pomillo de azahar
para el susto de María.²⁵*

Es tan emblemático el uso del mortero en el quehacer farmacéutico, que el Niño Jesús se lo pide al boticario en el “*Villancico que llaman del mortero*”:

*Boticario, sólo quiero
tu mortero.
Pascual dejó la pradera
para venir el primero.
Blas trajo la tapadera
del puchero.
Vino Mengo con rabel
y Carrillo con pandero...
Para cantar a Emmanuel,
boticario sólo quiero
tu mortero.²⁶*

Pero no dejemos de loar como se merece a una pieza señera de las boticas: el albarello. Los de Talavera llenaron los estantes del Hospital Tavera, de Silos, de El Escorial, de la Real Botica, como prueba de su idoneidad para conservar medicamentos:

*No naciste del mármol orgulloso
ni de nobles y exóticas maderas.*

*Procedes de las sílices terreras
que las aguas nos dejan como poso.*

*Desde allí te levantas, mozo airoso,
esbelto y estrechado de caderas,
en cilíndricas formas altaneras,
gallardo, señorial, hidalgo, hermoso.*

*Te bañan en cobálticos azules;
te esmaltan con un blanco inconfundible;
te ciñen la cartela requerida.*

*Aristócrata de lises y de gules,
en la botica fuiste imprescindible
guardando la esperanza de la vida.²⁷*

Federico Muelas refleja en esta décima, con toda exactitud e ironía, la dualidad del poeta-farmacéutico y hasta su ocasional desencuentro. Se titula: “*De un poeta sufrido a un boticario entrometido*” y dice así:

*¿Meto mis pobres laureles,
boticario, en tu puchero?
¿Inquiero si en tu mortero
mezclas acíbar con mieles?
¿Escruto los aranceles
por ver si a ellos te concretas?
¡Deja a los pobres poetas
con sus elucubraciones!
No me toques los renglones
y márchate a hacer recetas.²⁸*

Terminamos. Pero no podemos hacerlo sin recoger la maravillosa “*Oda a la Farmacia*”, de Pablo Neruda, obra definitiva sobre el tema que nos ocupa y el más digno colofón a él que podamos encontrar:

*QUÉ OLOR A BOSQUE TIENE LA FARMACIA:
de cada raíz salió la esencia a perfumar la paz del boticario,
se machacaron sales que producen prodigiosos ungüentos*

*la seca solfatara molió, molió, molió, el azufre en su molino,
y aquí está junto con la resina del copal fabuloso;
todo se hizo cápsula, polvo, partícula impalpable, preservador principio.*

*El mortero machacó diminutos asteriscos, aromas,
pétalos de bismuto, esponjas secas, cales.
En el fondo de su farmacia vive el alquimista antiguo,
sus anteojos encima de una multiplicada nariz,
su prestigio en los frascos rodeado por nombres misteriosos;
la nuez vómica, el álcali, el sulfato, la goma de las islas,
el almizcle, el ruibarbo, la infernal belladona y el angelical bicarbonato.*

*Luego las vitaminas invadieron con sus abecedarios los sabios anaqueles.
De la tierra del humus, de los hongos brotaron los bastones de la penicilina,
y de la víscera fallecida volaron como abejas las hormonas
y ocuparon su sitio en la farmacia.*

*A medida que en el laboratorio, combatiendo la muerte, avanza la bandera
de la vida,]*

*se registra un movimiento en el aroma de la vieja farmacia;
los lentos bálsamos del pasado dejan sitio a la instantánea caja de las inyec-
ciones]*

*y concentra una cápsula la nueva velocidad en la carrera del hombre con la
muerte.]*

*Farmacia, qué sagrado olor a bosque y a conocimiento sale de tus estante-
rías,*

*qué diversa profundidad de aromas y regiones;
la miel de una madera, el purísimo polvo de una rosa o el luto de un veneno,
todo en tu ámbito claro, en tu universidad de frascos y cajones,
espera la hora de la batalla en nuestro cuerpo.*

*Farmacia, iglesia de los desesperados, con un pequeño dios en cada píldora.
Pero a menudo eres demasiado cara; el precio de un remedio cierra tus claras
puertas]*

y los pobres con la boca apretada vuelven al cuerpo oscuro del enfermo.

*Que llegue un día gratis de farmacia, que no sigas vendiendo la esperanza,
y que sean victorias de la vida humana
contra la poderosa muerte, tus victorias.*

*Así serán mejores tus laureles,
serán más olorosos los sulfatos,
más azul el azul de metileno
y más dulce la paz de la quinina.²⁹*

Poesía y Farmacia: tan relacionadas, pese a las apariencias...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.-

- 1.- Carmona Cornet, A. M. (2000). "Estudio iconográfico del emblema farmacéutico". *El farmacéutico*, 251: 84.
- 2.- García Montero, L. (2000). *El sexto día*. Editorial Debate, Madrid. Pág. 27.
- 3.- Ruiz, J. (Arcipreste de Hita). (1990). *Libro de Buen Amor*. Edición de G. B. Gybbon-Monypenny. Col. Clásicos Castalia, nº 161. Ed. Castalia, Madrid. Pág. 388.
- 4.- Ibidem. Pág. 146.
- 5.- Rico, F. (1996). *Mil años de Poesía Española*. Ed. Planeta, Barcelona. Pág. 160.
- 6.- Gómez Caamaño, J. L. (1970). Opus cit. Pág. 118.
- 7.- Lope de Vega y Carpio, F. (1998). *Poesía Selecta*. Tercera edición, de Antonio Carreño. Col. Letras Hispánicas, nº 187. Cátedra, Madrid. Pág. 181.
- 8.- Quevedo y Villegas, F. (1966). *Obras Completas. Tomo II*. Aguilar, Madrid. Pág. 367.
- 9.- Calderón de la Barca, P. (1996). *Autos Sacramentales. Vol. I*. Biblioteca Castro, Madrid. Pág. 366.
- 10.- Urrutia, J. (1995). *Poesía española del siglo XIX*. Col. Letras Hispánicas, nº 390. Cátedra, Madrid. Pág. 531.
- 11.- Ibidem. Pág. 532.
- 12.- Jiménez, J. R. (1996) *Antología Poética*. 11ª edición de Javier Blasco. Col. Letras Hispánicas, nº 19. Cátedra, Madrid. Pág. 167.
- 13.- Villalón, F. (1998) *Poesías Completas*. Col. Letras Hispánicas, nº 450. Cátedra, Madrid. Pág. 372.
- 14.- Salinas, P. (1993) *Poesías Completas (5)*. Col. El Libro de Bolsillo, nº 1624. Alianza Editorial, Madrid. Pág. 50.

- 15.- Moreno Villa, J. (1998). *Poesías Completas*. El Colegio de México / Residencia de Estudiantes, México / Madrid. Pág. 312.
- 16.- Alberti, R. (1988). *Obras Completas III*. Aguilar, Madrid. Pág. 384.
- 17.- Guillén, J. (1981). *Final*. Barral, Barcelona. Pág. 189.
- 18.- García Lorca, F. (1992). *Obras II. Poesía 2*. (3ª ed.). Colección Básica de Bolsillo Akal, nº 23. Akal, Madrid. Pág. 201.
- 19.- Diego, G. (1989). *Obra Completa. Tomo I*. Aguilar, Madrid. Pág. 521.
- 20.- Fuertes, G. (1996). “Que quien me cate se cure”. *Taller de Escritura Salvat*. Fascículo, 34. Ed. Salvat, Barcelona. Pág. 335
- 21.- del Valle Nieto, Á. *Con la mano del mortero*. (En preparación)
- 22.- Cuenca, L. A. de (1996). *Por Fuentes y Fronteras*. Col. Visor de Poesía, nº 347. Visor, Madrid. Pág. 20.
- 23.- Felipe, L. (1993). “Las coplas del Gran Conserje Pedro”. *Nueva Antología rota*. Col. Visor de Poesía, nº 129. Visor, Madrid. Pág. 119.
- 24.- Felipe, L. (1993). “Este orgulloso capitán de la historia”. *¡Oh, este viejo y roto violín!* Col. Visor de Poesía, nº 138. Visor, Madrid. Pág. 55.
- 25.- Muelas, F. (1979). *Poesía*. Col. El Toro de Barro, nº 9. Carboneras de Guadazán (Cuenca). Pág. 239.
- 26.- Ibidem. Pág. 240.
- 27.- del Valle Nieto. Op. Cit.
- 28.- Ibidem. Pág. 697.
- 29.- Neruda, P. (1999). *AEFLA XXV Aniversario*. Edita A.E.F.L.A., Madrid. Pág. s/n.